
Hegemonía y espacios para la resistencia

El nuevo Gramsci, el nuevo Poulantzas
y un bosquejo de una teoría crítica de la política internacional

ULRICH BRAND

Introducción

El punto de partida de este ensayo es la observación siguiente: el proceso actual de globalización neoliberal es la causa de crisis evidentes y lo critican sectores del *establishment* político y económico, George Soros y Joseph Stiglitz son ejemplos notables¹ y, sobre todo, de los movimientos sociales. Sin embargo, en la mayoría de los países, la transformación neoliberal parece desarrollarse con el mismo dinamismo que en la década de los 90 del siglo xx y, en el campo internacional, el emergente *Consenso post-Washington* parece no haber roto en realidad con el *Consenso de Washington*, como John Williamson denominó la imposición de la política neoliberal por instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, así como por los bancos y gobiernos del Norte. Es más, desde septiembre del 2001 estos procesos van acompañados de la intensificación de un proyecto imperial que el gobierno de los Estados Unidos promueve. Al mismo tiempo, particularmente en América Latina, partidos políticos progresistas —que suelen ser expresiones de movimientos sociales, y partidos como el PT en Brasil— alcanzan el poder político.

Asumo que la crítica práctica de la globalización neoimperial y neoliberal por movimientos emancipadores, intelectuales y críticos en instituciones internacionales y nacionales e incluso por gobiernos progresistas puede desarrollar con mucha más fuerza sus potenciales cuando las

transformaciones actuales se entienden adecuadamente. Un ejemplo relacionado con la política internacional: en toda una serie de aportes, las transformaciones se conceptúan de una globalización de los mercados que es la causa de las crisis y disfunciones que sufren las fuerzas del mercado. Como consecuencia, una nueva regulación y un nuevo cerco del mercado mundial mediante una internacionalización de la política se juzgan cruciales para “conformar la globalización económica” (Comisión de Investigación del Bundestag alemán 2002). Los debates sobre la Gobernanza Global o democracia cosmopolita, así como un público más amplio, consideran primordial esta perspectiva.²

Sostengo que es otra la perspectiva que debe reforzarse: lo que se necesita es una economía política crítica de la globalización que sea capaz de comprender las transformaciones más amplias de lo político como parte integral de la globalización —y no como una función *ex post* destinada a enfrentar la crisis— y que entienda las formas y procesos internacionales de la política dentro del contexto de la modificación de las formas y procesos nacionales y locales y del cambio de las relaciones de poder societales. Esto implica descubrir la dinámica subyacente de las sociedades reestructuradas, sus aspectos políticos, económicos e ideológicos y la relación entre ellos, la rearticulación de las fuerzas sociales, la “definición” selectiva de los problemas, y las propuestas y políticas —tanto las dominantes como las más débiles— para enfrentarlos. Es este, expuesto brevemente, el programa de un materialismo histórico transnacional.

Esto no significa que los actores sociales críticos y emancipadores necesitan obligatoriamente una comprensión amplia como condición previa de la acción. Este, por supuesto, no es el caso. La interpretación del mundo es necesariamente diferente en situaciones específicas. La resistencia tiene lugar en la vida cotidiana porque la gente percibe la necesidad de decir “¡basta ya!”, de organizarse y articularse; la resistencia puede o debe permanecer oculta en determinadas situaciones, como señalara James Scott;³ la resistencia puede crecer, puede contribuir al desarrollo de alternativas; la resistencia toma la forma de movimientos, puede alentar a la gente en instituciones y puede incluso dar lugar a procesos y actores reaccionarios.

Sin embargo, lo que aquí se asume es que el análisis crítico puede contribuir a un mejor entendimiento de las (in-)estabilidades complejas y los puntos potenciales de ruptura del orden existente, puede proporcionar un “conocimiento de las estructuras” que los actores de la emancipación pueden emplear al “trasladar” este conocimiento a sus condiciones específicas y a las constelaciones de luchas. Es una forma

de conocimiento que podría ayudar a promover estrategias específicas cuya formulación es un proceso complejo en el que participan actores sociales que poseen sus propias experiencias y conocimientos. Además, no existe una relación de determinación entre las estructuras analíticamente descubiertas y la inmensa variedad de procesos sociales, porque estos siguen siendo contradictorios e impugnados. Desde esta perspectiva, el pensamiento teórico pierde sus posiciones de vanguardia en tanto que conocimiento superior que puede ser capaz de “guiar” la acción política. El conocimiento científico social —lo que fue subrayado por Elmar Altvater y Birgit Mahnkopf en su notable aportación *Límites a la globalización*— está orientado hacia un futuro en el que podrán detectarse las fuerzas, los límites sociales, políticos, económicos y culturales de las transformaciones actuales, así como la formación de los nuevos sujetos y sus identidades.⁴

Este ensayo se centra en la internacionalización de los procesos político-institucionales. Por lo tanto, es necesario desarrollar una teoría del Estado internacional dentro del marco más amplio de un materialismo histórico transnacional.⁵ Este texto es una contribución, aún prematura, a esa teoría, la cual, como es de suponer, no es el proyecto de una sola persona, sino un esfuerzo colectivo que necesita del intercambio, los debates y la crítica. Además, algunos aspectos importantes fueron desarrollados en años recientes.

Este ensayo desearía crear algunas *resonancias*⁶ entre dos enfoques que me parecen sumamente útiles para entender las transformaciones reales y en este caso, en particular, la política internacional y su teorización, respectivamente. Me refiero al llamado enfoque neogramsciano de la economía política global y a la teoría histórico-materialista del Estado, especialmente en su versión neopoulantziana, y su reformulación a la luz de la teoría de la regulación, lo que denominaré enfoque neopoulantziano de la economía política global. Es sorprendente que no se debata mucho sobre ellos y uno de los propósitos de las líneas siguientes es crear más referencias mutuas y una cierta síntesis sin negar las diferencias.⁷

Resulta fructífero ampliar el enfoque neogramsciano con una teoría del Estado más elaborada. La teoría de Poulantzas produjo numerosos conocimientos, pero su punto de referencia siguió siendo el Estado y el modo de socialización fordistas, así como las fuerzas sociales de la década de los 70 del siglo pasado.⁸ Sin embargo, en los años 80 se lograron importantes avances en cuanto a vincular la teoría marxista del Estado con el enfoque de la regulación. Este último nos aporta conocimientos sobre el surgimiento de una nueva fase del capitalismo a partir

de los años 80. Esto podría sorprender, toda vez que la versión francesa de la teoría de la regulación ha sido y es justamente criticada por su “ceguera” en lo que al Estado concierne. Como argumentara Michel Aglietta en fecha muy temprana,⁹ el enfoque de la regulación tiene su “talón de Aquiles” en la integración de los problemas del Estado al quehacer teórico. Pero la situación cambió en la década de los 90. Desde una perspectiva teórica del Estado, me gustaría llamar a este matrimonio una perspectiva neopoulantziana.¹⁰

Ambos enfoques vinculan lo político y las formas de dominación social con el modo de producción capitalista, la progresiva e impugnada modificación conjunta de las relaciones societales, la división internacional y social del trabajo, así como con la estructura clasista de las sociedades capitalistas y las constelaciones societales de fuerzas. Ambos se preguntan desde una perspectiva histórico-materialista cuáles son las fuerzas que generalizan el desarrollo capitalista en un período específico (no en el sentido de que todo deviene uniforme, sino en el sentido de que los patrones históricamente específicos predominan sobre otros y se articulan en contextos específicos). Ninguno de los dos enfoques es funcionalista, es decir, no explican los desarrollos históricos mediante la “necesidad” de la acumulación de capital, sino destacan la reproducción inestable, fundamentalmente afectada por la crisis, competitiva y contingente de las sociedades capitalistas, las cuales pueden alcanzar una cierta estabilización durante algún tiempo. Además, la política no se entiende como una simple función del desarrollo del mercado (mundial) o de las exigencias del capital. Tampoco se preguntan demasiado si existe una dominación social, sino cómo se ejerce esta dominación, es decir, cuáles son los diversos modos de dominación, qué formas de resistencia (podrían) surgir y cómo los intereses sociales se articulan políticamente. Por último, ambos enfoques toman en serio la internacionalización de los procesos sociales desarrollando un marco que permita comprender los cambios recientes.

Teorías del “Norte”, dominación global y el peligro de una “visión crítica imperial”

Permítaseme subrayar brevemente una restricción importante: uno de los serios problemas de las teorías mencionadas es que se desarrollaron teniendo como fondo las sociedades capitalistas avanzadas. Los neogramscianos están interesados sobre todo en articular las fuerzas del Norte y los desarrollos políticos y económicos mundiales. Aunque se

han hecho importantes aportes a los cambiantes patrones de las relaciones Norte-Sur,¹¹ los principales instrumentos analíticos siguen estando muy “influidos por el Norte”. Por ejemplo, Poulantzas fue muy explícito en cuanto a que deseaba analizar la situación de la lucha de clases en los centros capitalistas. Pero en muchas sociedades postcoloniales no podemos observar una relativa autonomía del Estado y en numerosos casos no parece adecuada la comprensión del aparato estatal como una condensación material de las relaciones de fuerzas sociales. Además, la teoría de la regulación fue criticada por centrarse en los países capitalistas avanzados aun cuando existen trabajos interesantes sobre el “fordismo periférico”¹² (véase también más adelante mi crítica de la teoría “tradicional” de la regulación). En general, el enfoque neogramsciano y el de la regulación aportan instrumentos analíticos provechosos para entender la dinámica del capitalismo central internacional. Lo que se necesita es seguir desarrollándolos y aplicarlos a contextos específicos diferentes. Por ejemplo, el monopolio de la violencia legítima es mucho más impugnado en numerosos países periféricos que en los del capitalismo central. En numerosos países africanos, las organizaciones de seguridad privadas, los señores de la guerra y las organizaciones humanitarias están reemplazando la autoridad estatal. Además, las instituciones “tradicionales” desempeñan un papel más importante en la vida y la cohesión social de muchos países periféricos que las reglas del Estado moderno que la política imperialista solía imponer (y que no cambiaron del todo en el momento de la descolonización). En resumen, debe evitarse el peligro de la teoría de la modernización —que entiende esas sociedades como menos “desarrolladas” y en marcha hacia el “desarrollo”—, y todas las sociedades deben conceptuarse de configuraciones específicas de una sociedad capitalista mundial.

En este bosquejo demasiado general me interesa interpretar conceptualmente la política internacional. Es por ello que defiendo la perspectiva neogramsciana y neopoulantziana, ya que son los actores del Norte y sus intereses los que conforman en lo fundamental la estructura del mercado mundial así como la política internacional y, con ellas, las jerarquías internacionales, la división del trabajo y la explotación. A fin de explicar la dinámica de la política internacional se podría argumentar que el poder estructural (según el uso que da a este concepto Susan Strange) se encuentra fundamentalmente en manos de los actores del Norte. Sin embargo, con el propósito de eludir una “visión crítica imperial”, en los próximos años será crucial integrar las perspectivas teórica y empírica, así como las experiencias de todas las regiones del

mundo, en la interpretación conceptual de la política internacional, es decir, las nuevas formas de dominación y resistencia. Esto implica también diferentes prácticas científicas que —escribimos estas líneas en Alemania— rompen con la orientación casi exclusiva hacia el sistema académico anglosajón.

En este sentido, me doy perfecta cuenta de la perspectiva aún restringida de esta contribución. Pero su propósito es mucho más modesto: abrir campos teóricos para repensar las formas reales de dominación desde un punto de vista histórico-materialista.

La economía política global neogramsciana

Con el concepto de *hegemonía*, que combina aspectos de liderazgo político, consenso y compromisos materiales (aunque también de fuerza y cohesión), Antonio Gramsci dio un definitivo paso de avance en la tradición teórica histórico-materialista. La hegemonía ha de entenderse como la capacidad de los grupos y clases dominantes de perseguir sus intereses de manera tal que sean vistos por las clases y grupos dominados como intereses generales o comunes, y hay ideas ampliamente compartidas sobre las relaciones sociales y su desarrollo.¹³ La hegemonía es el “consentimiento activo de los dominados”.¹⁴ Esto no significa únicamente un consenso aparente en cuanto a prácticas y relaciones particulares, sino, por el contrario, una práctica material abarcadora, “es decir, las iniciativas diarias de muchos individuos y grupos sociales, en las que estos comunican su aceptación del régimen en forma de un consentimiento activo de los hábitos comúnmente compartidos del colectivo mayor”.¹⁵ El consenso no es ni un asunto pasivo ni un armonioso equilibrio de intereses. El concepto adquiere mejor sentido cuando tiene como fondo las luchas sociales y los intereses que están articulados en el proceso político (y se forman mediante este). La relativa pacificación o institucionalización de las luchas se consigue a través de compromisos sociales (asimétricos), en los que se acomodan los intereses relevantes y articulados. El “espacio” social de las luchas por la hegemonía es, según Gramsci, el Estado integral (*lo stato integrale*). El agrandamiento se denomina *società civile*, el aparato privadamente organizado de hegemonía. La hegemonía se fabrica no solo a través del Estado, sino en un proceso más abarcador. Las luchas sociales no se centran únicamente en el aparato del Estado, sino también en la relación de fuerzas en el Estado integral y en el terreno de la producción capitalista privada.

El enfoque neogramsciano de la economía política global está intrínsecamente vinculado a la obra de Robert Cox,¹⁶ quien dio una nueva explicación conceptual de cuestiones cruciales de la política internacional y el orden mundial y dirigió un trabajo empírico muy variado, relacionado sobre todo con las transformaciones neoliberales que comenzaron en la década de los 80 del siglo pasado. Un rasgo fundamental de este enfoque es la comprensión totalmente diferente de la hegemonía mundial o internacional, que no es, como suele entenderse en IR o IPE¿?, la dominación de un Estado o grupo de Estados. O como señalara Robert Cox en su famosa cita: “La hegemonía mundial se puede describir como una estructura social, una estructura económica y una estructura política; y no puede ser simplemente una de estas cosas, sino debe ser las tres. La hegemonía mundial, además, se expresa en normas, instituciones y mecanismos universales que establecen reglas generales de comportamiento de los Estado y de aquellas fuerzas sociales de la sociedad civil que actúan más allá de las fronteras nacionales, o sea, reglas que sostienen el modo de producción dominante”.¹⁷ Es esta complejidad de la hegemonía en tanto que una forma específica de dominación, con sus dimensiones de capacidades materiales de fuerzas, ideas e instituciones sociales y, además, su énfasis en el carácter consensual de la dominación (clasista y estatal), así como su desplazamiento de los Estados como únicos actores políticos en la política mundial, la que ensanchó la perspectiva e hizo aportes originales a la comprensión de la posible reestructuración neoliberal (me referiré a esto más adelante). Cristoph Scherrer emplea el concepto de “doble hegemonía” en el nivel internacional a fin de indicar que no solo los Estados-naciones, sino también otros actores son importantes en la construcción y la conformación de las relaciones hegemónicas.

Además, con Gramsci es posible cuestionar el carácter central del Estado o, mejor dicho, del gobierno, como actor político exclusivo de la política internacional. “El concepto hegemónico del orden mundial se funda no solo en la regulación del conflicto interestatal, sino también en una sociedad civil globalmente concebida, es decir, un modo de producción de alcance global que origina vínculos entre las clases sociales de los países que este modo abarca”.¹⁸ Por lo tanto, es necesario enfocar las relaciones de poder societales. En el pensamiento de Gramsci la economía política global encuentra un instrumento conceptual que le permite vincular los desarrollos internacionales con la vida diaria, en el sentido de que existen nexos complejos entre la conciencia (el “sentido común”) y la capacidad que tiene el capitalismo de desarrollarse.

Gramsci no abordó las relaciones internacionales. En su época insistió en que las luchas en el Estado-nación eran cruciales para la hegemonía. Sin embargo, hizo penetrantes observaciones que permiten comprender las existentes jerarquías económicas y políticas internacionales. Robert Cox condensó el pensamiento de Gramsci de la siguiente manera: “La vida económica de las naciones subordinadas es penetrada por la de las naciones poderosas y está entrelazada con la de estas”.¹⁹ Los Estados-naciones son poderosos porque experimentaron activamente revoluciones económicas y sociales, mientras que las naciones subordinadas las “recibieron” pasivamente mediante la adaptación que hicieron los intelectuales y la penetración a través del capital internacional. Las fuerzas dominantes en las naciones subordinadas intentan integrar aspectos del orden hegemónico.²⁰ Jacobitz señaló que uno de los papeles fundamentales de los intelectuales de la nación (o naciones) dominante es organizar la confianza y el consenso de las naciones subordinadas. Pero el proceso de “generalización” es aún más complejo y podría conducir a la formación de un bloque histórico internacional. La base de un bloque histórico es el interés compartido de las naciones en una reproducción ampliada y un proceso de crecimiento, y el consentimiento depende considerablemente de que se cumpla la promesa de crecimiento universal.

Kees van der Pijl diferencia el papel de la sociedad civil en las distintas naciones. Los países capitalistas avanzados poseen sociedades civiles fuertes, es decir, “complejos Estado-sociedad”.²¹ Por lo tanto, van der Pijl descubre que en la dominación “de la zona central lockeana” mediante consenso existe un imperio de la ley y economías autorreguladoras, mientras que en el “complejo Estado-sociedad hobbesiano” tiene lugar una fusión de la clase dirigente y la clase gobernante en una “clase estatal” única. La capacidad de articular sus intereses en el espacio transnacional está restringida, toda vez que la clase dominante anglosajona domina este espacio. Aquí la “revolución desde arriba” ocurre con el fin de promover el desarrollo capitalista y mantener la dominación social.

¿Qué papel desempeñan la política internacional y su institucionalización según los neogramscianos? Robert Cox arguye: “La organización internacional es uno de los mecanismos mediante el cual se expresan las normas universales de una hegemonía mundial”.²² Son cinco los aspectos importantes: Primero, ellas encarnan las reglas que promueven la expansión de las fuerzas políticas y económicas dominantes y reducen los costos de adaptación de los intereses más débiles. Segundo, suelen ser producto de un orden hegemónico en el sentido de que las

instituciones y las reglas son introducidas por el Estado hegemónico o requieren, por lo menos, su apoyo. Tercero, el orden mundial actual adquiere legitimidad mediante las normas internacionales y estas apoyan la promoción de prácticas e instituciones específicas en el nivel nacional. Cuarto, las elites capaces de los países periféricos son cooptadas de las instituciones internacionales, lo que es una forma de transformismo. Y, por último, las ideas contrahegemónicas pueden ser absorbidas y transformadas de modo que se ajusten al sentido del orden dominante.

Crítica

Pese a su amplia perspectiva, el enfoque neogramsciano recibe críticas por algunos de sus defectos. Estos tienen que ver, en lo fundamental, con la producción de hegemonía y consentimiento, y suelen conducir a una subestimación del significado de la fuerza y la violencia. Cristoph Scherrer criticó un enfoque *tendencioso* porque no siempre resulta claro lo que diferencia la “clase administrativa transnacional” o las “fracciones de la clase capitalista transnacional” del “bloque histórico transnacional”. Mientras que Robert Cox aborda las fuerzas dominantes en el nivel nacional,²³ Stephen Gill²⁴ y Kees van der Pijl realzan mucho más las fuerzas internacionales. Erik Borg observa en el trabajo empírico, contra las asunciones teóricas, un implícito enfoque desde arriba hacia abajo de la comprensión de cómo se impone la globalización neoliberal. Pero todos se refieren al importante punto de que el “rango” de acción de los diferentes actores sociales es una cuestión central de las relaciones de poder asimétricas.

Parece ser que en las contribuciones neogramscianas el terreno de la hegemonía en la transición hacia el postfordismo se está desplazando de la escala nacional a la internacional. Esta podría ser una perspectiva muy estrecha. Por ejemplo, Bernd Rottger muestra, refiriéndose a Alemania, que con la erosión de los procesos de cabildeo colectivo, es decir, un aspecto macrocorporativo de la hegemonía, se regresa al nivel de las corporaciones individuales, lo que indica que la hegemonía se conforma en el nivel de la firma, y pone en claro que las relaciones societales cotidianas son cruciales para reestructurar la hegemonía. Esto significaría que necesitamos una comprensión de múltiples escalas del proceso hegemónico (véase más adelante).

Hace algunos años tuvo lugar un debate sobre el enfoque neogramsciano en la *Review for International Studies*. Randal D. Germain y

Michael Kenny intentaron ampliar algunas perspectivas criticando ciertos usos conceptualmente problemáticos de los conceptos clave de Gramsci. Ellos sostienen que la teorización del propio Gramsci era ambivalente y que actualizar sus conceptos implicaría “comprometerse” con su trabajo y el desarrollo de su teoría en otros campos, en lugar de limitarse a una simple “aplicación” de sus ideas.²⁵

Ahora me gustaría abordar la crítica que hacen del Estado. Germain y Kenny²⁶ argumentan que el concepto de “Estado internacionalizador” de Robert Cox —que tiene como centro las agencias del gobierno central de los países más importantes y agencias multilaterales clave como el Fondo Monetario Internacional o el G-7—significa el desarrollo de una contraparte de la internacionalización de la producción. Según Cox, el poder de este Estado internacionalizador proviene fundamentalmente de un consenso ideológico y proporciona una forma institucional coherente sin formar una entidad supranacional coherente. Por lo tanto, los Estados-naciones siguen siendo la principal autoridad política. Aunque Germain y Kenny ven esto como un mal empleo de los conceptos de Gramsci —“cualquier lectura propiamente gramsciana de la sociedad civil requiere una estructura correspondiente de autoridad política concreta a fin de devenir genuinamente hegemónica en el sentido que le otorga Gramsci”,²⁷ yo considero convincente la perspectiva del surgimiento de un Estado internacionalizador. Sin embargo, su noción de una *nébuleuse* debe tomarse en serio. Lo que necesitamos no es tanto interpretar “correctamente” a Gramsci, sino teorizar la política internacional.

En este ensayo considero fundamental que, a pesar de sus innovadores aportes, los neogramscianos no operan con una teoría del Estado compleja y, por consiguiente, su argumento de la internacionalización del Estado y el surgimiento de un nuevo constitucionalismo y un neoliberalismo disciplinario sigue siendo muy general. Pese al carácter metodológicamente histórico-materialista del enfoque neogramsciano en IPE¿?, la comprensión del Estado es fundamentalmente positivista en el sentido de que el Estado-nación, al igual que el Estado “internacionalizado” o “internacionalizador”(Cox) o “globalizado”(Gill), se igualan a instituciones formales. Por ejemplo, Gill²⁸ considera que el surgimiento de “marcos políticos legales” es primordial para el llamado nuevo constitucionalismo. Y con frecuencia parece que estas instituciones son “instrumentos” de las clases dominantes para favorecer sus intereses. En ocasiones parece que los Estados Unidos actúan como un instrumento de las elites internacionales. Además, pese a la amplia comprensión de la hegemonía, esta se sigue identificando con un Estado.

Además, el enfoque neogramsciano no es muy preciso al pensar las dimensiones de múltiples escalas o niveles de la política. Algunos estudiosos de la teoría histórico-materialista del Estado critican los déficit teóricos del Estado en los enfoques neogramscianos, así como las dimensiones institucionales poco detalladas del proceso de globalización. Por ejemplo, lo que se pasa por alto en la perspectiva neogramsciana es el hecho de que las instituciones internacionales no solo actúan en marcos específicos como el neoliberal y en la creación de un “nuevo constitucionalismo”, sino también que una parte de la dinámica radica en el carácter contradictorio y competitivo de las distintas instituciones que se ocupan de asuntos similares. Esto de por sí tiene que ver con las relaciones específicas entre competencia y cooperación en las sociedades capitalistas, lo que el enfoque neogramsciano no aborda suficientemente.

Existen desarrollos de la teoría histórico-materialista del Estado que merecen ser considerados por los neogramscianos. Pero esto no es posible mediante una simple aplicación, sino que exige volver a pensar esta teoría que no es del todo homogénea. Tengo en cuenta la reformulación de la teoría marxista del Estado que emprendieron algunos académicos con el fin de integrar el enfoque de la regulación y la teoría del Estado. Una pieza central de esta integración fue precisamente la alusión a los conceptos de Gramsci.

La teoría del Estado neopoulantziana y su internacionalización

Una corriente importante de la actual teoría marxista del Estado desarrolló la idea de que el Estado no es un actor potencialmente neutral, independiente de la economía y la sociedad, ni tampoco un instrumento que está al servicio exclusivo del capital o la burguesía. Por el contrario, el Estado se entiende como una relación y como un Estado estructuralmente capitalista.

Nicos Poulantzas, en su *Teoría del Estado*, desarrolló el más complejo de los enfoques. Siguiendo la tradición marxista, entendió que la separación del Estado de la sociedad es un rasgo central de las sociedades capitalistas, debido a que las rivalidades intercapitalistas requieren una instancia autónoma relativa que sea capaz de garantizar —por supuesto, mediante luchas, contradicciones y crisis— la reproducción general de la sociedad.²⁹ Esta “función general” del Estado permite asegurar

la cohesión social de una sociedad y las condiciones para la reproducción del Estado, la sociedad y la economía capitalistas mediante actividades económicas, leyes y el monopolio de la violencia legítima, la (des)organización de las clases y el otorgamiento de una forma política a las luchas de clases.

Además de esta función general, el Estado ejerce otras funciones específicas que pueden variar en las diferentes fases del desarrollo capitalista. Por ejemplo, en los actuales procesos de privatización, las anteriores funciones de la intervención estatal en la economía se articulan de diferente manera. En algunas áreas podemos observar una autorregulación más intensa de las corporaciones privadas. También tiene lugar una nueva articulación de los mecanismos disciplinarios y de control. Pero siempre se lucha por *cómo* garantizar la acumulación de capital en fases históricamente distintas. En el fordismo, el ensanchamiento del mercado doméstico, el Estado de bienestar y un sector público más fuerte fueron el resultado de disputas y luchas, y se demostró que eran funcionales para la dinámica del desarrollo capitalista. Poulantzas analizó en la década de los 70 las formas cambiantes de la división internacional del trabajo en el contexto de la internacionalización del capital y, en relación con esto, la transformación de las luchas de clases. Esto tenía que ver con las cambiantes estrategias de la burguesía y la incorporación de países particulares a la “cadena imperialista”. Subrayó que en la época de la postguerra, especialmente en Europa, tuvo lugar una “interiorización” de los intereses del capital norteamericano en proyectos hegemónicos de los Estados-naciones europeos. Las transformaciones se condensaron en la materialidad institucional del Estado. Además, Poulantzas señaló que el poder económico y político internacional de un Estado-nación depende de una cierta coherencia del bloque de poder.

Así, pues, el Estado capitalista no es simplemente el instrumento de la(s) clase(s) dirigente(s), sino un terreno de luchas y *la condensación material de las relaciones sociales de fuerzas*. Debido a que las distintas fuerzas y grupos tienen intereses en parte antagónicos, las políticas estatales —excepto en situaciones excepcionales de dictadura— son siempre compromisos (desiguales).³⁰ Los aparatos estatales sí gozan de “autonomía relativa” con respecto a los grupos sociales particulares; sin embargo, no están separados del equilibrio global de las fuerzas sociales. Esto significa que lo que se establece como el “interés general” y el “bien común” es siempre un producto y un resultado de las luchas sociales. Además, Poulantzas subrayó que el Estado no es una entidad homogénea, toda vez que sus aparatos mantienen relaciones colmadas

de tensiones y contradicciones porque ellas son condensaciones materiales específicas de las relaciones de poder (cf. un Ministerio de Economía y un Ministerio del Medio Ambiente). Por último, para nuestro análisis es importante destacar que Poulantzas observó un acceso muy selectivo de las diferentes fuerzas sociales al Estado y sus aparatos: la dialéctica del poder y la ley hace que estos sean conformados por la lucha de clases y otorga forma a esta última.³¹

Pero, como señalé antes, Poulantzas desarrolló su teoría en el contexto del fordismo y su crisis. En la década de los 80 tuvo lugar una importante reformulación de la teoría marxista con el fin de aprehender el fenómeno del fordismo y su crisis, así como la emergente reestructuración del capitalismo.

Teoría de la regulación

La teoría de la regulación se pregunta cómo fue posible que, contra las predicciones de la teoría marxista y también de algunas teorías burguesas (Joseph Schumpeter, por dar un ejemplo relevante) y la experiencia histórica de la Gran Depresión y el fascismo, surgiera una nueva fase del desarrollo capitalista en el período de postguerra. Pretendía ser una teoría general del capitalismo y su periodización, así como un concepto analítico destinado a la investigación de un período específico.³² El interés principal de la teoría de la regulación no era —según la contribución fundacional de Michel Aglietta— la búsqueda de “leyes económicas abstractas”, sino desarrollar conceptos analíticos con el objetivo de comprender “la transformación de las relaciones sociales creadora de nuevas formas tanto económicas como no económicas, que están organizadas en estructuras y ellas mismas reproducen una estructura dominante, el modo de producción”.³³ Y, en un sentido más general, la cuestión evolucionó: ¿Por qué y cómo en las sociedades capitalistas contradictorias y afectadas por crisis ocurren desarrollos dinámicos? La respuesta general era que ciertas constelaciones y estabilizaciones institucionales, así como las expectativas de los diferentes actores, hacían que esto fuera posible. Esta es la idea central del concepto de regulación (societal), que no significa que existe un equilibrio, sino que se alcanzan —a través de conflictos y crisis menores— ciertas estabilizaciones.³⁴ “La respuesta se halló en los mecanismos reguladores, es decir, las formas institucionales, las normas y patrones sociales de conducta estratégica que expresaban y regulaban satisfactoriamente estos conflictos hasta que

las inevitables tensiones y disparidades acumuladas entre las diferentes formas reguladoras entraban en crisis”.³⁵

La respuesta principal del fordismo fue que la relación salarial se transformó de manera tal que hizo posible un régimen intensivo de acumulación, rodeado por una red de instituciones y expectativas que se denominó modo de regulación. Alain Lipietz calificó esta articulación estable de conflictos sociales institucionalizados, acumulación y regulación política que duraba cierto tiempo de “descubrimiento histórico casual”, a fin de indicar que no existía un centro que planificaba este resultado. Los Estados Unidos, con su dinámica de acumulación centrada en el mercado interno, fueron capaces, mediante procesos culturales, económicos y políticos, de generalizar en el mundo capitalista el modo fordista de producción, aunque, por supuesto, no en el sentido de una homogeneización, sino penetrando específicamente otras sociedades (en este punto también hay coincidencia con Poulantzas).

Por supuesto, la economía mundial siguió siendo crucial. Aglietta observó que la “unidad de la economía mundial” es un proceso dinámico que favorece la compatibilidad de los esquemas de crecimiento nacional que están integrados en una diferenciación estable. Esta es la base material de la división internacional del trabajo, que profundiza y desarrolla fuertes complementariedades. Además, hizo énfasis en la necesidad de jerarquías para el funcionamiento del mercado mundial capitalista y la necesidad de una nación que ejerza la hegemonía como forma principal de cohesión dentro de un sistema de naciones. Metodológicamente, Aglietta supuso la “primacía de la dimensión nacional”.

Pero en el período de postguerra este proceso, por lo menos en los centros capitalistas, aunque también en algunos países que todavía eran independientes o en aquéllos que habían logrado la independencia, estaba mediado por el Estado-nación y su política, que eran francamente intervencionistas con el fin de promover el desarrollo capitalista y estabilizar los compromisos de clases. El no regulacionista Gerard Ruggie se refirió a una constelación históricamente nueva: el “liberalismo enclavado” (véase un argumento similar propuesto por Samir Amin).³⁶ Además, instituciones internacionales como el FMI y el Banco Mundial en esa época se ajustaban a las formas dominantes del desarrollo capitalista.

Crítica

Sin embargo, el enfoque regulador no estaba exento de defectos. Sobre todo en su versión francesa, la hegemonía se reducía a una función de

las condiciones necesarias para la acumulación (fordista), y la crisis del fordismo y la globalización neoliberal se interpretaban como una disfunción que requería ser reestabilizada. De hecho, en la versión francesa se perdió la flexibilidad de las categorías que permitían comprender las transformaciones neoliberales, así como el significado histórico de las luchas sociales. En cuanto a la política internacional, en cierto sentido era una contraparte marxista de la teoría de la estabilidad hegemónica,³⁷ pues se argumentaba que un modo coherente de acumulación y regulación exige un elemento hegemónico. Esta es una de las causas fundamentales de la pérdida de atracción que sufrió la teoría de la regulación.

Bernd Rottger propone distinguir entre la “teoría tradicional de la regulación”, por una parte, es decir, la versión desarrollada por Michel Aglietta, Robert Boyer y Alain Lipietz, que estaba cercanamente vinculada al proyecto “reformista estructural” del Partido Socialista. Por otra parte, un enfoque reformulado de la regulación debía desarrollar sus fundamentos marxistas e incorporar las innovaciones teóricas del enfoque neogramsciano. Rottger convoca a una reformulación radical a la luz de los avances recientes. Esta, sostiene, debe superar la estrecha perspectiva fordista de los compromisos de clase socialdemócratas a través de la mediación del Estado de los centros capitalistas, que muy a menudo es el punto de referencia del análisis inspirado por la teoría de la regulación.

Y, debido a esta perspectiva “tradicional”, la globalización neoliberal se contempló durante muchos años como una desintegración aún en curso de la constelación fordista (porque el Estado de bienestar fordista fue destruido y sin él era inconcebible una nueva constelación), cuando lo que había que preguntarse era si había nuevas formas de regulación societal y si los procesos económicos y políticos internacionales tenían un significado diferente. En lugar de esto necesitamos un análisis de las formas societales de las “contradicciones en proceso” del capitalismo postfordista que vincule —en mayor medida que el trabajo de Rottger— la hegemonía con las relaciones sociales de fuerzas. Jens Winter considera que el concepto de hegemonía debe volver a formularse más allá de la dicotomía hegemonía en un Estado-nación y hegemonía global de un Estado.

El nuevo Poulantzas: Joachim Hirsch y Bob Jessop

Bob Jessop y Joachim Hirsch son dos prominentes investigadores que analizaron las transformaciones de la teoría del Estado a la luz de

Poulantzas y la teoría de la regulación. Además, ambos emplean el concepto “Estado integral” de Gramsci con el propósito de complementar la teoría de la regulación con su comprensión de una “economía integral”. Consideran crucial que el Estado no es el sujeto principal de la regulación capitalista, sino solo uno de ellos (que sigue siendo importante) y que el Estado mismo es también objeto de regulación.

Jessop subraya que el Estado no es una estructura preestablecida, sino una relación social precaria, cuya unidad debe construirse constantemente. Por consiguiente, los “proyectos de Estado” son necesarios para asegurar esta unidad,³⁸ y el Estado se caracteriza por selectividades estratégicas, lo que implica “que no todas las fuerzas sociales pueden acceder igualmente al Estado, que no todas las estrategias pueden controlar o resistir en la misma medida el Estado y que este no está igualmente disponible para todos los fines”. Además, Jessop sostiene que el significado concreto del Estado difiere del objeto específico de regulación, y que los actores concretos y sus estrategias deben analizarse para evitar poner demasiado énfasis en los aspectos estructurales. Jessop critica la teoría de la regulación por su énfasis en las relaciones economía-Estado y porque esta teoría “mostró poca preocupación por la manera cómo esas relaciones son mediadas en y a través de la conducta estratégica y las actividades rutinarias de las fuerzas sociales”. Como consecuencia, el potencial del concepto de regulación no se exploró totalmente.

Hirsch, cercano a la posición de Jessop, se centra mucho más en el análisis de las formas de Marx y vincula esto con la teoría de la regulación y del Estado. Llama al Estado nodo institucional de regulación, pero no sujeto de esta. Su interés por la acción emancipadora es mayor que el de Jessop y, por lo tanto, destaca las cuestiones democrático-teóricas, por ejemplo, la naturaleza ambivalente de la sociedad civil como un terreno decisivo para organizar la dominación y, al mismo tiempo, para desarrollar prácticas emancipadoras. Me parece que una cuestión teóricamente crucial que requiere ulterior investigación es si (y cómo) el análisis de las formas de Marx puede “desvincularse” de su referencia implícita al Estado-nación.

Jessop y Hirsch dieron mucho impulso al debate en torno a la internacionalización de la política. Son tres los aspectos interesantes. Jessop y Hirsch se centran en la dimensión institucional de la internacionalización de la política o del Estado, respectivamente. Aun cuando indican la creciente importancia de los actores no estatales (gobernanza), no analizan el complejo surgimiento de una sociedad civil internacional. Hirsch no utiliza el concepto de sociedad civil internacional si no

existe un Estado internacional. Además, Erik Borg criticó que regulacionistas como Hirsch empleen el concepto gramsciano de hegemonía para los Estados-naciones y un concepto realista para las relaciones internacionales, es decir, la hegemonía consiste en la dominación de un Estado. Las fuerzas sociales internacionales no son de interés.

Además, una teoría neopoulantziana puede beneficiarse de la atención gramsciana a las prácticas cotidianas y a la conciencia y su significado para la hegemonía, que sorprendentemente se subestiman en los primeros enfoques. Sorprende porque la teoría de la regulación era consciente de las cambiantes prácticas cotidianas (como la relación salarial y los patrones de consumo) durante el fordismo. Pero estas dimensiones se omitieron en muchos análisis, especialmente en el reciente trabajo sobre la “internacionalización del Estado”.

La teorización de las instituciones internacionales

Como dije al principio, el objetivo de este ensayo es explorar algunos aspectos de la política internacional enfocando instituciones, ni más ni menos. En esta sección desearía desarrollar un argumento basado en la siguiente asunción: el enfoque neopoulantziano posee todavía un potencial inexplorado para teorizar las instituciones internacionales. Por un lado, el sistema institucional internacional es explicado conceptualmente como un sistema frágil y los aparatos específicos podrían tener relaciones colmadas de tensiones. Incluso no hay nada comparado a un “Estado fetiche” en el nivel del Estado-nación y el problema de la unidad, o por lo menos, de la coherencia resulta importante y en realidad es subestimado por la economía política global crítica.

En segundo lugar, las diferentes instituciones se encuentran en una relación jerárquica entre sí. Esto tiene que ver con el área específica de los asuntos (financieros o de derechos humanos, por ejemplo), con los diferentes recursos y con los intereses de aquellos actores que están institucional y materialmente condensados. Sin embargo, estas instituciones pueden lograr una autonomía relativa que guarda relación con las estructuras internas. Por ejemplo, la circunstancia de que en el Banco Mundial dos terceras partes de los expertos son economistas formados en universidades norteamericanas de pensamiento neoclásico hace improbable que se fortalezcan las políticas que no son neoclásicas, incluso cuando cambian los dirigentes o el ambiente político.³⁹

En tercer lugar, los terrenos creados o emergentes son muy importantes para detectar los “problemas” que no existen objetivamente pero

son parte y resultado de las discusiones, las pugnas y el poder. Podemos observar esto con mucha nitidez en la “creación” de la “crisis global del agua”. Desde estas fuentes de problemas —que excluyen cierta perspectiva— emergen las técnicas para solucionarlos razonablemente. Por lo tanto, incluso las decisiones de las instituciones internacionales necesitan materializarse en los niveles nacionales y locales; los primeros son importantes para crear no solo reglas legalmente obligatorias, sino también un conocimiento de “problemas” específicos —posiblemente hegemónicos— que normalmente se presentan como problemas generales de la humanidad.

En cuarto lugar, las instituciones políticas internacionales como la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial deben entenderse como la condensación de amplias relaciones (mundiales) de fuerzas sociales, es decir, de Estados-naciones y amalgamas supranacionales (como la Unión Europea), por una parte, y de clases y grupos que actúan en el nivel internacional, por otra. Esto pudiera denominarse “condensación material de las relaciones sociales de fuerzas de segundo grado”. Lo que necesita más elaboración teórica y empírica es la comprensión de los modos concretos de esta condensación, así como de los actores específicos. Una vez más es importante evitar una “visión crítica imperial” al extender las asunciones teóricas o experiencias “modernas” a todas las sociedades y sus interacciones en el nivel internacional.

En quinto lugar, una función central del multilateralismo —que no es del todo nuevo pues se intensificó después del fin de la Guerra Fría— es crear terrenos donde manejar los conflictos y establecer reglas, así como “trasladar” muchos conflictos de índole mundial a instituciones internacionales y sus relaciones jerárquicas. Por ejemplo, las cuestiones de los derechos de propiedad intelectual sobre recursos genéticos y conocimiento tradicional se tratan en el acuerdo OMC-TRIPS, en la Organización Mundial de Propiedad Intelectual, en la Convención sobre Diversidad Biológica y en el Tratado sobre Recursos Genéticos de Plantas de la FAO. Pero esto no implica que desaparezcan las acciones bilaterales o unilaterales. Hay varios procesos que permanecen sujetos a la acción bilateral o unilateral. Es evidente que en muchos casos los Estados dominantes y sus gobiernos intentan disponer de diversas opciones para tratar asuntos específicos. Ngaire Woods denominó esto —en lo que al gobierno de los Estados Unidos concierne— habilidad de “escoger donde comprar”, nosotros lo llamamos habilidad de “cambiar de foro”. En nuestro ejemplo sobre los derechos de propiedad intelectual esto significa que los Estados Unidos no solo están activos en los

foros internacionales a fin de asegurar esos derechos, sino también en los acuerdos como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y el Tratado de Libre Comercio de las Américas, y en otros de índole internacional. Por supuesto, estos argumentos deben integrarse en un marco analítico más amplio.

La política internacional en los comienzos del siglo XXI

En esta sección desearía señalar algunos logros importantes de los análisis neogramscianos y neopoulantzianos de la fase actual del desarrollo capitalista. Este esfuerzo debe realizarse en el nivel “medio” de abstracción, lo que implica especificar los cambios en esta nueva fase del desarrollo capitalista sin analizar países y regiones concretas (una vez más, ante el peligro de una “visión crítica imperial”). Este podría ser un marco para investigar más detalladamente las diferentes regiones y países, fuerzas o temas. Por supuesto, el contexto societal de la política internacional —que resulta crucial para el desarrollo de la investigación— solo se puede esbozar brevemente.

Según mi argumento inicial, un análisis crítico de las transformaciones estructurales actuales puede contribuir a entender el contexto de la crítica práctica de la globalización neoimperial y neoliberal. No intento ofrecer aquí un análisis exhaustivo de la política actual, sino solamente de aquellos aspectos que me parecen fundamentales para evaluar el “espacio de maniobra” de los movimientos. Las transformaciones de la política internacional desde la década de los 80 han sido analizadas de muy diferentes maneras. Existe consenso entre los científicos sociales en cuanto a tres diagnósticos: el primero es que en la situación en la que los Estados-naciones pierden soberanía y control en algunas cuestiones importantes, los niveles local, regional e internacional de la política han devenido decisivos, tanto socioeconómica como políticamente. El segundo es que el concepto de gobernanza indica que la toma de decisiones políticas y los sistemas tributarios cambiaron y otros actores (como las organizaciones no gubernamentales y las firmas) participan directamente en los procesos políticos orillando parcialmente las instituciones oficiales. Y, por último, los problemas que no eran decisivos para el compromiso político, como es el caso de las cuestiones políticas socioecológicas o de género, se politizaron.

Para comenzar diremos que ambos enfoques socavan la dicotomía que solía emplearse de un desequilibrio percibido entre lo político y lo económico que entiende la globalización ante todo como un proceso

económico, mientras que lo político sigue siendo nacional en lo fundamental, lo que, en efecto, causa problemas y crisis. Estos enfoques mostraron que la reestructuración actual comprende complejos procesos políticos, económicos y culturales en los que ciertos actores intentan generalizar sus intereses mediante luchas y compromisos. Estas fuerzas no solo logran el éxito debido a que disponen de capacidades materiales, ya que también son capaces de generalizar ideas —es decir, normas y comprensiones colectivas del orden social— a través de instituciones propias o ajenas. Los puntos nodales organizativos e ideológicos tanto formales como informales de la clase administrativa transnacional y sus vínculos con las instituciones sociales son cruciales para desarrollar e imponer ideas dominantes.

Las políticas neoliberales contemporáneas se basan en constelaciones *sociales* de fuerzas, particularmente en una transformación a fondo de las relaciones entre las diferentes fracciones del capital, así como de las relaciones entre el capital y el trabajo, y en una reestructuración de las relaciones de género inherentes al fordismo. Las políticas neoliberales en tanto que actores sociales (grupos de capital, asociación de empresas, medios de comunicación, gabinetes estratégicos, instituciones académicas) se fortalecieron ideológica e institucionalmente a lo largo de años de lucha y se convirtieron entonces en proyectos de Estado. Esto es particularmente cierto en los países occidentales, donde los Estados Unidos y Gran Bretaña, durante los gobiernos de Thatcher y Reagan, marchaban al frente en la implantación del neoliberalismo. Gill/Law⁴⁰ mostraron que en la década de los 80, durante la presidencia de Reagan, la distribución de los recursos del poder material se desplazó, por un lado, hacia los recursos sociales y culturales (el exitoso renacer retórico de una “cultura norteamericana” al mismo tiempo que se agudizaba la desigualdad social), lo que afectó la movilización de los recursos materiales. Por otro lado, en el campo internacional tuvo lugar un cambio que amplió el papel de la OTAN, el FMI y otras instituciones internacionales que aún estaban muy influidas por el gobierno de los Estados Unidos, pero formaban parte de una hegemonía transnacional emergente. En la política internacional los Estados Unidos recuperaron su posición dominante, que parecía haber perdido como resultado de las crisis de la década de los 70 y la globalización neoliberal. Esto ocurrió en el contexto del poder estructural del capital y facilitó su fortalecimiento. En los países periféricos, el equilibrio de fuerzas sociales a menudo fue alterado sangrientamente por las dictaduras militares, lo que hizo posible el proyecto neoliberal.

La acusación de Susan George⁴¹ de que la izquierda no combatió la implantación del neoliberalismo seguramente es falsa. Por un lado, existieron movimientos de izquierda en muchos países (algunos de los cuales fueron literalmente aniquilados por las dictaduras militares) y, por otro, el problema no era tanto la falta de combatividad; más bien lo que ocurrió fue la división estratégico-política de la izquierda en la cuestión de si el keynesianismo, el socialismo real y los nuevos enfoques que emergían desde los movimientos sociales eran estrategias adecuadas o conceptos rectores. En mi opinión, la izquierda adoptó una postura defensiva porque la clase dominante rompió el compromiso existente y la actitud predominante de la izquierda fue defender los compromisos fordistas (lo que en parte sigue ocurriendo hoy día). Además, la implantación del neoliberalismo, que es un largo proceso aún no terminado, muestra que no solo es impulsado por ideas, pues incluye su establecimiento como “ideología histórica orgánica”, según Gramsci, en situaciones históricas específicas.

Los neopoulantzianos Jessop y Hirsch sostienen que se han producido cambios profundos en las funciones específicas del Estado, es decir, aquellas que varían en las diferentes fases del desarrollo capitalista. Funciones específicas del Estado que son muy importantes durante el fordismo (central y periférico) en el nivel del Estado-nación son transferidas a otros niveles espaciales (los niveles internacionales de los niveles locales) e instituciones políticas de estos y/o, por lo menos parcialmente, a actores privados, como es el caso de las firmas privadas, pero también a las familias y los individuos (sectores de la seguridad social). Dichos autores consideran esto un paso del gobierno a la gobernanza, una desnacionalización en el sentido de que las nuevas escalas de la política cobran importancia y el contexto internacional se hace más importante para la acción política.

Este último aspecto se condensa en el argumento según el cual el Estado es hoy un “Estado nacional de competencia”⁴² o un “régimen de trabajo postnacional schumpeteriano”⁴³. Lo que cambió en la década de los 90 fueron los grandes objetivos de la acción política: la competitividad, la eficiencia y, en relación con esto, una *realpolitik* generalmente desagradable. Al capital se le deben proporcionar ahora buenas ventajas de “ubicación”, toda vez que se hizo más flexible gracias a las desregulaciones de los años de la década de los 70. Estos criterios se “interiorizaron” en todos los dominios sociales. La internacionalización de los procesos económicos que la política facilitó tuvo el efecto reflexivo de una “restricción material”. Jessop afirma que las transformaciones económicas deben traducirse —mediante luchas

políticas—en acción estatal. Este proceso es estratégicamente selectivo. No obstante, esto no significa que sus formas concretas no son impugnadas, sino que los “corredores” de la acción parecen estrechos en el sentido de que es difícil ir más allá de los patrones de acción dominantes. Esto no necesariamente implica la abolición del Estado de bienestar; su transformación sigue siendo el objetivo de las luchas sociales. En particular, la privatización de las actividades anteriormente públicas reduce las posibilidades de la acción y el control políticos. Otro rasgo es la creciente importancia de fenómenos como el tráfico de drogas, el crimen organizado y los servicios secretos, que fueron posibles debido a la desregulación y la privatización.

Esto es extraordinariamente importante para responder a la interrogante de cuáles son las circunstancias que se requieren para que la acción social se produzca y deba producirse y en qué niveles tendrá lugar. La posición del enfoque neopoulantziano es bien clara: insiste en que las funciones del Estado central se mantienen todavía en el nivel del Estado-nación. Específicamente, el monopolio de la violencia legítima, la garantía y el otorgamiento de los derechos —relacionados con las formas de la democracia liberal—, así como el proceso complejo de creación de cohesión social todavía se encuentran íntimamente vinculados al Estado-nación.⁴⁴ Esto no significa negar las fuerzas y presiones “disciplinarias” desde arriba. Pero la forma de la “interiorización” sigue siendo un proceso impugnado.

Los neogramscianos se ocupan mucho más del nivel internacional. Robert Cox señaló que la internacionalización del Estado es el proceso de erosión de los compromisos de postguerra y su “nacionalismo de bienestar”. Cobran importancia las instituciones estatales que tienen que ver fundamentalmente con la política internacional y nacional y que dominan cada vez más los aparatos dedicados a la política nacional corporativa, los cuales son reorientados de un modo neoliberal. El concepto “neoliberalismo disciplinario” de Stephen Gill sugiere que las fuerzas que operan en el nivel internacional y las restricciones que de este provienen son primordiales para imponer políticas neoliberales.

Además, un “constitucionalismo global” es ahora dominante y, como consecuencia de ello, la protección de la propiedad privada se convirtió en la orientación primordial de la política internacional. Este término “puede entenderse como un término que se propone describir los esfuerzos variados y complejos —que en particular realizan las fuerzas de la derecha política y las de los economistas neoclásicos y el capital financiero— destinados a desarrollar un marco político-jurídico para la

reconstitución del capital en la escala mundial e intensificar así las formas de mercado de la disciplina [...] El nuevo constitucionalismo se propone reforzar un proceso en el cual las políticas gubernamentales están cada vez más obligadas a rendir cuentas al capital (internacional) y, por tanto, a las fuerzas del mercado (especialmente aquellas que se ejercen en y desde los mercados financieros)".⁴⁵ Las ideas constitucionales liberales deben obtener aceptación internacional, como puede verse en instituciones como la Organización Mundial del Comercio y el Acuerdo TRIPS o las propuestas de un MAI. En general, de lo que se trata es de salvaguardar política e institucionalmente los procesos de acumulación y competencia capitalistas. Sin duda, el Estado-nación sigue siendo el terreno central de las luchas sociales y, por lo tanto, de creación de hegemonía. Al mismo tiempo, los niveles interactúan y la construcción de la hegemonía se convierte en un proceso de "múltiples escalas". La clase administrativa transnacional y el capital internacionalmente activo desempeñan un papel central en la construcción de la hegemonía, pero no dominan unilateralmente este proceso. Hirsch denomina esto "internacionalización del Estado", pero destaca más que los neogramscianos el impugnado proceso de "interiorización". Al mismo tiempo, las fuerzas internacionales (dominantes) no reciben tanta atención. Pero es importante señalar que una perspectiva de "múltiples escalas" también abarca el nivel local. Aquí tienen lugar los procesos de producción concretos y la reproducción de la vida cotidiana, la apropiación de la fuerza de trabajo y los recursos naturales, etcétera. En la época de la globalización, la dominación y la resistencia siguen siendo un problema de "lugar" (sobre el proceso complejo de dominación territorial, véase, por ejemplo, Ceceña).⁴⁶

Un componente central del proyecto neoliberal es la "privatización de la política". Es este el proceso mediante el cual los campos público y estatal previamente organizados se ceden a los actores del mercado privados cuyo objetivo es la ganancia. Este problema se agudiza progresivamente porque los procesos decisivos (como el desarrollo de la tecnología) son cada vez menos públicos, ya que son asumidos por las empresas privadas. Y esto tiene implicaciones para lo que se considera materia de (y negociable en) debate público. La privatización de la política puede interpretarse como una rearticulación de las funciones estatales y un resultado de las relaciones de poder sociales. Aquellas fuerzas que se interesan por una ulterior modificación de las relaciones societales devienen predominantes en la reestructuración neoliberal. Hace pocos años se produjo un debate sobre los "bienes públicos globales" que, según mi punto de vista, se convertirán en los próximos

años en uno de los terrenos discursivos cruciales del debate sobre las alternativas a la globalización neoimperial y neoliberal.⁴⁷

Pero las estrategias relativamente exitosas de la reestructuración neoliberal en curso no pueden reducirse a procesos de “gran política”. El proyecto neoliberal se lleva a cabo, en lo fundamental, dentro de la sociedad civil, que es el aspecto principal de la comprensión neogramsciana de las transformaciones actuales. Aquí las fuerzas neoliberales son activas, al igual que las fuerzas de derecha y las del crimen organizado. Es cierto que la sociedad civil no está unificada y es movida por relaciones de poder (aunque de modalidades diferentes a las del Estado en el sentido estrecho de la palabra, con su monopolio de la legítima violencia), conflictos y contradicciones. Ella no se limita a desarrollar relaciones de poder independientes, pues establece relaciones diversas con el Estado y sus aparatos. Las políticas neoliberales se hicieron “razonables”. “No hay nada inevitable o automático en lo que concierne a una respuesta mediante una política particular a los cambios en las condiciones del mercado o en el clima de los negocios. Lo que pudo haber sido crucial en la adopción de políticas monetaristas fue la progresiva aceptación de un punto de vista político por los líderes, así como por los banqueros privados y centrales, lo que quiere decir que realmente no se contemplaba ninguna alternativa significativa, a no ser en uno o dos de los principales Estados capitalistas, como el francés. Donde estas políticas se adoptan considerando poco, o de una modo más realista, la creencia en la credibilidad de posibles alternativas, el poder del capital alcanza un *status* hegemónico”.⁴⁸

Considero que sería razonable hablar hoy de una “sociedad civil neoliberal” a fin de saber cuáles son las fuerzas y estrategia hegemónicas en el desarrollo del postfordismo. Hardt y Negri hacen referencia al paso a la “sociedad disciplinaria”, en la cual la autodisciplina desempeña un papel más importante para la sociedad del control. A los individuos se les imponen también los criterios de dirección de negocios y nacionales de competitividad. En las condiciones contemporáneas, el resultado puede verse en el menoscabo de la solidaridad en la vida humana y colectiva, en el cinismo, la apatía y la no participación en los procesos sociales y políticos.

Además, no hay que olvidar que el orden mundial actual y la política postfordista se sustentan en relaciones involuntarias y basadas en la fuerza, lo que a veces se subestima en el pensamiento neogramsciano y su énfasis en el consentimiento. Los actores dominantes tienden a recurrir a la fuerza en los momentos en que aparece una crítica fundamental de las relaciones existentes o cuando los intereses dominantes

no pueden materializarse. Además, también hay procesos de “acumulación primitiva” en forma de robos, alienación y uso de la fuerza (por ejemplo, a través de los medios para patentar el conocimiento tradicional). En particular, la relación Norte-Sur, o sea, entre la tríada o el “mundo de la OECD” y el “resto”, es una relación neoimperial. El nuevo orden mundial no es una cooperación feliz, por el contrario, es también y cada vez más un orden de fuerza militar. Los ataques del 11 de septiembre y las reacciones que los siguieron sitúan una vez más estos aspectos de la globalización neoliberal en el centro de la atención pública. La discusión de la violencia abierta y estructural, y la aguda crítica del fortalecimiento actual de la seguridad nacional (que es cada vez más poderosa y socava la libertad de acción individual) es el resultado correspondiente y una prioridad. Leo Panitch y Colin Leys proponen en un número reciente de *Socialist Register* que se discutan los procesos en curso bajo el encabezamiento de “El nuevo desafío imperial”.⁴⁹ Con respecto a los debates del Norte, resulta muy obvio que una economía política de las transformaciones es absolutamente necesaria, porque uno de los principales problemas del debate es que las relaciones internacionales se reducen a un juego por el poder entre los Estados Unidos y Europa Occidental (Habermas/Derrida es el ejemplo más prominente de la reproducción de la perspectiva neoconservadora; por ejemplo, Kagan, al defender a “Europa” y sus logros civilizadores).

La cuestión de la hegemonía internacional conduce a una última sospecha, lo que mueve a Joachim Hirsch a hablar de una “situación no hegemónica”. Si la hegemonía significa —entre otras cosas— que las fuerzas dirigentes pueden ejercer el liderazgo y son capaces y desean hacer compromisos materiales con las fuerzas sociales dirigidas, entonces la desregulación y la privatización a raíz de la globalización neoliberal han conducido a una situación en la que los Estados dominantes pueden ejercer cada vez menos la hegemonía, porque —para no ser demasiado sutil— carecen de los medios para hacerlo.

Quisiera mencionar otra perspectiva que me parece razonable desarrollar: en el sentido que le confieren Gramsci y Cox se puede hablar hoy de una “hegemonía fragmentada” que en los centros capitalistas del orden mundial neoimperial y neoliberal, y sus fundaciones materiales, políticas e ideológicas, es activa o pasivamente aceptada. Aun cuando los movimientos sociales la critican en los bordes, parece ser relativamente estable. Este no es el caso de las relaciones Norte-Sur. En muchos países periféricos el modelo neoliberal perdió su funcionalidad y su legitimidad y está generando crisis y resistencia. Es importante

señalar que la hegemonía en los centros capitalistas se basa en una explotación y una dominación más intensas de la periferia. Esto es muy obvio en el manejo de la deuda externa, pues los flujos de capital neto invirtieron su dirección, que ahora es del Sur al Norte. Si este argumento es correcto tendría importantes consecuencias estratégicas para los movimientos actuales.

Algunas consecuencias: las ambivalencias de los movimientos sociales globales

Estas cuestiones, cuyo esbozo aquí es incompleto y discutible en sus detalles, y que se han desarrollado de manera diferente en los distintos países y regiones, representan el contexto de la crítica práctica de la globalización neoimperial y neoliberal. Y los movimientos tratan de cambiar este contexto que se articula específicamente en situaciones concretas. Algunas de las cuestiones que afloran solo pueden esbozarse aquí y se deben seguir desarrollando sistemáticamente en otros lugares. Quedan por abordar algunos problemas estratégicos, como la importancia de la militancia o la asociación con la esfera pública burguesa. Lo que ahora me parece más importante es examinar de cerca la orientación política estratégica de una parte de los movimientos sociales globales desde la óptica del modelo de un keynesianismo global. También abordo algunos aportes teóricos con el fin de captar ciertas *ambivalencias* que en parte no se pueden resolver.

Un elemento que se ha utilizado para superar la crisis del fordismo es el fortalecimiento del poder del capital, en particular, mediante la desregulación política de los controles y la mayor movilidad resultante. Los diferentes sectores del movimiento politizaron este hecho en la misma medida. Surgen diferencias al estimar si el creciente poder del capital es el del capital en su conjunto o, sobre todo, el del capital financiero, uno de los elementos de la globalización neoliberal que también está impulsando la actual dinámica de crisis.

Las posiciones contra el Estado son más ambivalentes. En particular, los movimientos han criticado la adopción progresiva por el Estado de una forma de gobernanza que practica políticas liberales cada vez más amplias. Es cierto que gran parte de los movimientos han entendido el Estado como una institución que crea dominación; sin embargo, también se supone que es una fuente potencial de la representación de los intereses sociales generales. Predomina aquí la idea de que el Estado, mediante su intervención, puede organizar un funcionamiento

del capitalismo relativamente libre de crisis. En cuanto a la política internacional, no solo en la corriente prevaleciente en la ciencia política, sino también en sectores de los actuales movimientos de protesta, predomina la asunción de que “la” política debe rodear el proceso económico de globalización. Hay aquí una ambivalencia significativa que consiste en que muchos procesos de politización tuvieron éxito y se vincularon con otro elemento del “sentido común cotidiano”, a saber, la idea de que el Estado debe dar prioridad a los intereses comunes en lugar de a cualesquiera otros. Esta interpretación acarrea el peligro de creer que el neoliberalismo es implantado simplemente desde arriba y contra el Estado.

Surge también la cuestión del papel exacto de la política centrada en el Estado en las recientes transformaciones sociales. Como se ha mostrado, esa política impulsó activamente los procesos neoliberales en tanto que parte institucionalizada del equilibrio social de fuerzas. La política en los niveles local, nacional e internacional no se alza contra la “economía” y la orientación neoliberal de la sociedad como un todo; por el contrario, garantiza institucional e ideológicamente los intereses neoliberales. Por consiguiente, dada la situación contemporánea, esperar que los actores estatales ejecuten una política antiliberal no es más que una ilusión. En amplios sectores del movimiento “norteño” contra la globalización se reproduce la perspectiva neoliberal: “mercado contra Estado”. El carácter capitalista del Estado y sus funciones fundamentales (aunque también impugnadas), su transformación actual en un Estado de la competencia y el constitucionalismo global dominante no se discuten. Por un lado, la actual politización y movilización de la gente sin duda se consiguió con poco conocimiento del Estado, en el sentido de que este es presentado como un elemento más o menos “neutral” que habitualmente persigue intereses generales y en realidad se encuentra muy cerca de los intereses dominantes. Por otro lado, se percibe que los actores sociales penetran en un terreno predeterminado que exige ser examinado. La dicotomía Estado-mercado para fortalecer el mercado contrarresta el viraje del Estado a favor del mercado como postulan los neoliberales. En lo que respecta a la política internacional, el patrón es similar. La globalización se entiende como un proceso económico que ahora debe volverse a regular políticamente.

Una paradoja de la actual transformación social es el hecho de que señala —al contrario de la ilusión de que se puede lograr la completa transfiguración emancipadora de las relaciones sociales mediante el Estado— los límites de la política centrada en el Estado. Esto no debe provocar autosatisfacción alguna a las posiciones de la izquierda, ya

que implica el desmantelamiento de los derechos fundamentales de los grupos sociales sometidos. No obstante, también se abren espacios para una crítica de izquierda desde la óptica según la cual las relaciones de poder y dominación deben cuestionarse del todo partiendo de una perspectiva emancipadora. Resulta claro que el Estado capitalista burgués es un actor principal y un terreno para el mantenimiento del poder y la dominación, por lo que no hay que concebirlo como un baluarte contra el neoliberalismo. Tener esto en cuenta y desarrollarlo es uno de los elementos *esenciales* de la política emancipadora. También aquí resulta evidente que un fordismo resucitado no debe servir de fondo a la crítica actual. No obstante, y esto constituye una ambivalencia adicional, la defensa de las conquistas de bienestar social fordista es un aspecto importante y apreciado.

La situación es muy diferente en algunos países del Sur como Brasil, Venezuela, Argentina, Kenya o Malasia, por señalar unos pocos. En estos casos es obvio que las experiencias de las crisis, la pérdida de legitimidad del modelo neoliberal y la politización que los movimientos fuertes promueven abren algunos espacios a los enfoques que impugnan el neoliberalismo.⁵⁰ Pero las restricciones de la política internacional y el mercado mundial siguen vigentes en esos países. Como podemos ver en Brasil, el gobierno del PT es capaz de erigirse en un contrapoder en la política comercial internacional, pero es mucho más difícil que esto ocurra en la política financiera internacional debido al manejo de la crisis de la deuda y a los flujos de capital que benefician a los actores del Norte. Un análisis histórico-materialista del Estado como el esbozado anteriormente puede poner en claro que la forma del Estado específico es capitalista y, al mismo tiempo, un terreno de luchas y un sujeto de la regulación societal; y que incluso un gobierno progresista necesita la autoorganización en la sociedad civil, la crítica desde fuera de “su” espectro político y políticas que no pretenden controlar los movimientos ni el pensamiento crítico.

Sin embargo, en contra del pensamiento establecido, los recientes acontecimientos en algunos países pueden aclarar que el Estado-nación sigue siendo un importante terreno de lucha. La política internacional y un “neoliberalismo disciplinario” apoyado por instituciones internacionales deben considerarse importantes, pero no se puede achacar toda la responsabilidad de los acontecimientos catastróficos solo a la Organización Mundial del Comercio, al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, independientemente de los Estados-naciones.

Según mi punto de vista, los movimientos contemporáneos cuentan definitivamente con el potencial para radicalizar e internacionalizar la

crítica práctica del Estado y la política a fin de explicar los cambios actuales. Un abordaje crítico de los conceptos políticos dominantes puede *relativizarse* y, al mismo tiempo, *radicalizarse* con las protestas actuales. Estas se pueden relativizar si la política centrada en el Estado se entiende como una parte de las transformaciones más amplias. De este modo la alteración fundamental de las prácticas diarias resulta visible y deja de ser un problema relacionado (solo) con la “cuestión del poder”; el problema entonces es intentar una politización y una transformación que rodeen la sociedad mediante complicadas “guerras de posiciones” (Gramsci). La radicalización consistiría en resolver la problemática del estrechamiento del Estado y la política. De hecho, los movimientos han obtenido un éxito parcial en esto.

Sin embargo, la crítica teórica y práctica del Estado y la política también debe *internacionalizarse*. Esto resultará claro al examinar los ejemplos de las instituciones neoliberales internacionales, la OMC, el FMI y el Banco Mundial. Estas instituciones son expresiones de una transformación social neoliberal que lleva aparejada, en particular, la subordinación de la acción social a los imperativos de la competitividad internacional y la aceptación acrítica de las relaciones de producción y propiedad capitalistas. A pesar de lo dicho, el sistema institucional internacional no es el instrumento de los países dominantes ni el lacayo del capital. Sin embargo, sí condensa en su interior las relaciones de fuerzas imperialistas y capitalistas burguesas y los resultados de las luchas sociales. Aunque se formulan como “intereses nacionales”, estos son expresiones de las luchas nacionales y las relaciones de poder.

Una comprensión teórica de la hegemonía que no dependa de dicotomías sociales como “arriba/abajo” o “bueno/malo” puede conectarse fructíferamente con el concepto de hegemonía según la tradición gramsciana. Esto tiene por lo menos cuatro implicaciones. La implantación de la globalización neoliberal como proyecto social implica, en primer término, que las alternativas no pueden tener como única mira las políticas centradas en el Estado. La cuestión es transformar las relaciones sociales de fuerza. Una reforma formulada de manera muy estrecha estimula —estratégicamente o por convicción— la creencia de que, si se les “presiona desde abajo”, se puede convencer a las elites ilustradas de que es necesario hacer cambios políticos. El peligro radica aquí en confundir las transformaciones duraderas del equilibrio material de fuerzas y los avances prevaletentes con el éxito actual en los medios de comunicación. Lo cierto es que para quebrar la hegemonía neoliberal son necesarios amplios procesos sociales de aprendizaje y experiencias. Estos no se pueden sustituir por la atención de los medios

y la disponibilidad de portavoces, pues es indudable que existe el peligro de convertirse en parte de la “política en la arena de un circo” (Wolf Dieter Narr y Roland Roth). La política emancipadora no se materializará rápidamente, aunque las fisuras, sobre todo en el nivel simbólico, y una positiva autoevaluación por parte de los movimientos sociales globales son esenciales. Es por ello que Génova y Seattle son importantes. El resto es complicado y debe relacionarse con las prácticas cotidianas en la universidad, la fábrica, los vecindarios urbanos, las organizaciones políticas y las relaciones personales. De otro modo se subestimaría el éxito que tuvo el neoliberalismo en el nivel cultural. El desplazamiento de las estructuras y relaciones de fuerza sociales no solo tiene lugar en los debates públicos. Precisamente en los momentos en que es cada vez menos lo que se discute públicamente y, en particular, cuando es difícil acceder a las esferas económico-tecnológicas de la transformación social, una perspectiva escorzada es problemática.

Una comprensión teórica de la hegemonía en relación con la sociedad civil implica, en segundo término, el surgimiento de estrategias diferentes o incluso de proyectos contrahegemónicos desde el interior de la sociedad civil, pero nunca desde la sociedad civil como un todo, debido a que ella misma está dividida y las clases y fuerzas dominantes operan precisamente en la sociedad civil. Además, el campo de la producción privada y, por tanto, la importancia del trabajo, sigue siendo un terreno fundamental de las luchas sociales. La gobernabilidad neoliberal también debe cuestionarse porque la situación actual es muy plausible para muchos. Este cuestionamiento tiene lugar de muy diferentes modos y mediante enfoques multifacéticos que van más allá de las confrontaciones simbólicas —que atraen la atención— con el Estado, las instituciones internacionales o el capital.

En tercer término, cabe hablar de hegemonía si las fuerzas dirigentes pueden definir acertadamente el terreno institucional y discursivo de las luchas y la creación de compromisos. Francois Chesnais y otros enfatizan este aspecto. En el nivel discursivo los movimientos pueden enumerar algunos éxitos, en particular —aunque no se deben abrigar ilusiones en cuanto a efectos sociales amplios—, el progresivo cuestionamiento del neoliberalismo como “sentido común cotidiano”. Aquí la cuestión es saber en qué medida ciertos “marcos del discurso” deben aceptarse allí donde las relaciones de reconocimiento y subordinación aceptadas se reproducen, por ejemplo, en forma de cabildeo. Es difícil que esto cuestione aún más tales formas hegemónicas de la política. En el nivel institucional esto parece más difícil. Como muestran los debates sobre el MAI, la OMC, el FMI/Banco Mundial, el Grupo de los 7

y el Foro Económico Mundial, las formas emergentes de la política hegemónica se cuestionan cada vez más y, por cierto, no solo por los movimientos de protesta internacionales, sino también desde algunos gobiernos. La disputa entre los Estados Unidos y la Unión Europea sobre el MAI, así como la creciente crítica de los países en desarrollo —por ejemplo, al acuerdo TRIPS— evidencian que la dirección fundamental en modo alguno es nítida. Esto no niega la dominación de las instituciones internacionales y la significación prevaleciente de un “constitucionalismo global”, pero sí pone de manifiesto la fragilidad de ambos. Steven Gill⁵¹ señala que las formas económicas y políticas neoliberales carecen de legitimidad y, por lo tanto, es difícil considerarlas constelaciones hegemónicas.

Si es correcto el argumento de que en realidad no existe hegemonía internacional en el sentido gramsciano de liderazgo, compromisos y reglas y terrenos ampliamente aceptados que permiten tratar los conflictos, sino una especie de hegemonía y supremacía fragmentadas cuyos usos reorganizan un cierto consentimiento en los centros, mientras la división internacional del trabajo explota cada vez más la periferia y emplea fundamentalmente la fuerza militar, hay que plantearse entonces lo que esto significa para el pensamiento y los movimientos críticos.

Perspectivas: cuestiones de estrategia

No pretendo hacer un “resumen” de los argumentos analíticos y teóricos. Todavía este es un “trabajo en desarrollo” de un pensamiento de contracorriente. Otros enfoques teóricos deben integrarse —como el argumento de Michel Foucault⁵² de una gobernabilidad (neoliberal) y su perspectiva de autotecnologías de sujetos— con el fin de entender una de las fuentes de estabilidad de la globalización neoliberal y neoimperial. La teoría del sistema mundial de Immanuel Wallerstein, con su énfasis en el mercado mundial y el orden político internacional como punto de partida, está llamando la atención de los movimientos actuales en tanto que marco general y por sus interpretaciones actuales. El libro *Empire* de Michael Hardt y Antonio Negri desarrolla una serie de interesantes perspectivas con el fin de comprender el orden mundial actual que ayudan a que el pensamiento analítico —también mediante una fuerte crítica debido a la perspectiva antiempírica, voluntarista y teleológica del libro— sea más preciso. Las teorías feministas, por ejemplo Steans,⁵³ que tienen por objeto

áreas importantes de la reproducción societal así como las formas de género de la dominación (y la resistencia). Y, como es de suponer, otras cuestiones importantes necesitan abordarse, como las mencionadas desigualdades de género, el racismo, la migración, los problemas de la identidad, los aspectos culturales en un sentido muy amplio, las batallas por los recursos en general y los “recursos estratégicos”,⁵⁴ en particular, la crisis ecológica, los nuevos avances tecnológicos como la nanotecnología, etcétera.

En la actualidad me parece mucho más importante que en el pasado entender la *desigualdad* temporal y espacial de los avances sociales sin detener la búsqueda y la teorización de las “fuerzas generalizantes” que —y eso es un importante descubrimiento de Marx— no son del todo obvias. Es esta, como dije al principio, la contribución de una teoría crítica a las luchas sociales actuales en pro de “otro mundo”.

Ya en los finales de este ensayo desearía abordar algunos aspectos concernientes a las estrategias de las prácticas emancipadoras. Aun cuando las fuerzas reaccionarias y neoliberales siguen dominando, vivimos tiempos apasionantes. La difícil década de los 90 quedó atrás y una vez más resulta posible dedicarse a la fundamental crítica práctica y teórica. Es obvio que Jorge Castañeda se equivocaba al sugerir que la izquierda solo debe plantear estrategias reformistas e institucionales. Es increíble la cantidad y diversidad de las prácticas radicales y de las nuevas experiencias y reflexiones. Como hace algunos años dijera Ana Esther Ceceña y John Holloway en una conversación, la rebelión zapatista estimuló nuevamente, después de años de frustración en México, nuevas reflexiones y un pensamiento crítico íntimamente ligado a aquellas. Un indicador de tiempos recientes es el debate en la revista *Chiapas*, en el que participaron John Holloway, Atilio Boron, Emir Sader, Ana Esther Ceceña y otros, sobre los aspectos teórico-políticos de la rebelión zapatista; otro indicador es el de las reflexiones en torno a la rebelión en Argentina desde diciembre del 2001; un tercero, la discusión sobre los movimientos sociales globales que sitúan el “punto de cristalización” en el Foro Social Global. Conceptos nuevos como el de “desglobalización”⁵⁵ ejercen mucha atracción porque es obvio que condensan las experiencias y la crítica actuales (en sus numerosas variantes) y también son capaces de orientar las luchas.

Las siguientes observaciones deben entenderse partiendo de estos antecedentes; es necesario que se sigan discutiendo y no son completas (por ejemplo, las diferentes respuestas del Estado y otras fuerzas como la cooptación, la represión y la deslegitimación, que deben diferenciarse según las situaciones concretas).

1. Una de las más importantes tareas que tienen ante sí los diferentes sectores del movimiento es la de elaborar culturas de aprendizaje y lucha que propicien el desarrollo de estrategias multifacéticas y contrahegemónicas. No podemos abordar aquí detalladamente este complejo asunto. Pero si podemos discernir con mayor claridad una ambivalencia. Los fines y las correspondientes estrategias de los movimientos, más allá del postulado general de “cambio social fundamental”, no están muy claros. Dieter Rucht, analista del movimiento, señala que con el crecimiento y la estabilización de los movimientos llegará el momento de las aclaraciones y decisiones. El ancho espectro ideológico tiene sentido en la fase formativa, “pero tan pronto surgen los problemas organizativos y estratégicos que, para la elaboración de las directrices de largo plazo exigen claridad ideológica y política, esta unidad explota”. Recomienda “el mantenimiento de un equilibrio precario” en vista de las inevitables tensiones entre, primero, la necesaria creación de una identidad colectiva y un denominador común, definido con demasiada exactitud, que demarca el movimiento del exterior y, segundo, entre las estructuras imperfectas y rígidas.

Parece plausible la opinión de Rucht de que en un futuro será necesario definir mucho más los contornos ideológicos y políticos con el objetivo de desarrollar estrategias. Sin embargo, pueden mostrarse nuevas experiencias —como, por ejemplo, las relacionadas con el lema zapatista “*preguntando caminamos*”— que, por lo menos, deben dejar abierta la posibilidad de que sea sostenible una mayor tensión fructífera entre los diferentes sectores del movimiento. Lo que queremos decir es que la politización surge y las estrategias se desarrollan en los procesos de clarificación y adquisición de experiencias que se encuentran íntimamente ligados a las cuestiones políticas e ideológicas, aunque las últimas no existen antes que las primeras. Se trata entonces de una cuestión de procesos de clarificación y reflexión, lugares de discusión, equilibrio interno de fuerzas, así como de convencer a los demás.

2. Otra importante cuestión estratégica resultó evidente en los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre y Mumbai. Una de las perspectivas contempla el futuro de los movimientos —si no en el nivel internacional, por lo menos en el nacional— como un “caudal creciente” que acumula poder e influencia. Son importantes las cuestiones relacionadas con las estrategias de cohesión y unidad para la participación en los “grandes” asuntos políticos, así como el desarro-

llo de estrategias internacionales o, mejor aún, de una gran estrategia internacional. Otra perspectiva se centra más en la extraordinaria diversidad y el cambio de las prácticas cotidianas, aunque es mucho más escéptica con respecto a la búsqueda y la necesidad de la primera. Por supuesto, estas perspectivas no son exclusivas, pero detrás de ellas hay diferentes propuestas de organización, niveles de acción y formas de crítica.

3. Considero que en un futuro cercano las cuestiones estratégicas y teóricas cobrarán importancia no solo para la deconstrucción de la ilusión del Estado, sino también para cuestionar conceptos económicos que predominan en los movimientos (o por lo menos en sus sectores del Norte). La “economía” no es el núcleo central de los recientes avances sociales, sino que, por el contrario, se encuentra socialmente enclavada y es una parte de las relaciones multifacéticas. Al descartar cuestiones socioecológicas o separar las relaciones de género, el movimiento reproduce una idea burguesa de la economía y sugiere que acaba de llegar al centro de las luchas. Una comprensión hegemónica teóricamente conformada de la dominación también puede aportar claridad en este caso.⁵⁶ Ariane Brensell y Friederike Habermann aciertan al señalar que incluso la teorización de la izquierda no fue ajena a la renuncia a discutir ciertas cuestiones. Otra cuestión crucial resultó clara con posterioridad al 11 de septiembre del 2001 y mucho más después de la reciente guerra contra Iraq: la globalización neoliberal tiene mucho que ver con la violencia y la militarización del Nuevo Orden Mundial.⁵⁷ Pero también resultó evidente que el potencial por organizar es mucho mayor cuando los problemas son relativamente claros (en este caso, organizar la oposición a la guerra) que cuando se trata de cuestiones más complejas (por ejemplo, las socioeconómicas cuando no se reducen simplemente a la dicotomía “las corporaciones contra la humanidad”).
4. Surge un dilema que es inherente a todo movimiento emancipador crítico, porque, pese a sus propias demandas, sus luchas pueden ser el resultado de los efectos modernizadores de las relaciones sociales generales. Contra esto no hay otra salida que no sea una permanente autorreflexión sobre las relaciones (de poder) y las estrategias del movimiento mismo. Cuando las condiciones son contradictorias, la acción y el pensamiento crítico y emancipador son y no dejan de ser contradictorios. Mi argumento en este texto culmina en la cuestión de si, para los diferentes actores de la anti-

globalización, se trata de una estabilización del capitalismo o de una crítica cabal de la dominación. Esta oposición binaria no es sinónimo de otra que solemos escuchar: que algunos sectores del movimiento plantean demandas concretas y otros se “limitan” a criticar. La relación es más complicada y hoy, con un concepto crítico de la hegemonía, la cuestión también estriba en abrir espacios para el pensamiento y la acción más allá de las orientaciones plausibles en términos de *realpolitik*, la cual, vista más de cerca, no es tan *real* como parece.

Y, por último, Pierre Bourdieu, al igual que otros, insiste en el importante punto de que las prácticas contrahegemónicas y antihegemónicas exigen una interacción más estrecha entre los movimientos y los intelectuales (www.raisons.org). El proyecto postfordista neoliberal no habría adquirido sus contornos sin intelectuales orgánicos que contribuyen decisivamente al consenso y la legitimación. Gramsci siempre subrayó que incluso las fuerzas dominadas cuentan con sus propios intelectuales. Lo importante aquí es cómo los intelectuales se vinculan a los movimientos sociales globales o, mejor dicho, a sectores de ellos en su fase formativa. En primera instancia debe quedar claro que durante mucho tiempo fueron pocos los intelectuales de la comunidad académica establecida que se decidieron a abordar las nuevas formas de la crítica práctica. El problema no radicaba en los “diferentes” ritmos de trabajo —aquí, la urgencia del activismo, allá, el transcurso más lento de la maduración del pensamiento— sino, sobre todo, en la orientación antizquierdista y conservadora de la esfera académica. Las organizaciones no gubernamentales o las redes no académicas son espacios mucho más importantes para la reflexión crítica. Otro problema es el de la división de los dirigidos y su orientación hacia una “conciencia corporativa”, es decir, la formación de intereses particulares y el abandono de una perspectiva que incluye el cambio social. “Los intelectuales orgánicos vinculados a estos diferentes grupos, si aspiran a lograr una visión comúnmente compartida de una alternativa y una estrategia deseables y factibles para la acción conjunta, enfrentan la difícil tarea de superar los instintos inmediatos de estos grupos y las oposiciones que les crean a otros grupos en desventaja o excluidos”.⁵⁸ Otra función primordial de los intelectuales es hacer más aguda la crítica de la dominación y vincularla a la crítica práctica. *Cómo* lograrlo es un asunto de las prácticas políticas e intelectuales que deben reinventarse constantemente, por suerte, no existe una “calzada real” que conduzca a este objetivo.

Notas

- 1 George Soros: *The Crisis of Global Capitalism: Open Society endangered*, Public Affairs, New York, 1998 y Joseph Stiglitz: *Globalization and its Discontents*, W. W. Norton,
- 2 Comisión sobre Gobernanza Global 1995; Messner/Nuscheler 1996; Maggi/Messner 2002; una evaluación crítica en Brand *et. al.*, 2000; para el debate sobre democracia cosmopolita es importante Held 2002; Habermas 1998.
- 3 James Scott: *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, Yale UP, New Haven, 1990.
- 4 Desafortunadamente, este libro, publicado recientemente en Alemania en su tercera edición, nunca ha sido traducido al inglés o al español.
- 5 Henk Overbeek: “Transnational historical materialism: theories of transnational class formation and world order”, en *Global Political Economy. Contemporary Theories*, Palan, Ronen (ed.), Londres, Routledge, 2000, pp. 168-183.
- 6 He tomado este concepto del debate sobre la rebelión zapatista en México, en el cual quedó claro que un enfoque —en este caso emancipador— no puede desarrollarse por sí mismo, sino creando resonancias en otros contextos a los cuales “la producción de significado” se exporta y traduce a su propio contexto con el fin de repensarlos y cambiarlos prácticamente, y de esta forma cambiar el “original”, es decir, la rebelión zapatista y sus condiciones en el propio México (cf. revista *Chiapas*).
- 7 Henk Overbeek resalta en el comienzo del desarrollo del materialismo histórico transnacional algunos nexos entre Poulantzas y los “fundadores” del enfoque neogramsciano, Robert Cox y Kees van de Pijl: “Con la comprensión de Poulantzas de la dinámica de la formación transnacional de clases y el redescubrimiento del análisis que hace Gramsci de la hegemonía burguesa, la escena quedó lista para la aparición y consolidación de ambos como un enfoque relativamente coherente del estudio de las relaciones sociales en el nivel internacional” (Overbeek ed. cit., p. 172). Es obvio que este nexo se perdió y necesita ser reconstruido.
- 8 El animado debate sobre el Estado marxista de la década de los 70 se agotó en la de los 80 —entre otras razones por la crisis general del marxismo— porque era demasiado abstracto y, por ello, muy difícil de emplear en la investigación empírica.
- 9 Michel Aglietta: *A Theory of Capitalist Regulation. The US Experience*, New Left Books, London, 1979, p. 26.
- 10 Lamentablemente, la principal obra alemana sobre este tema no ha sido traducida (Esser/Gorg/Hirsch 1994).
- 11 Enrico Aughelli y Craig Murphy: *America’s Quest for Supremacy in the Third World: An Essay on Gramscian Analysis*, New York, 1989 y Enrico Aughelli y

- Craig Murphy: "Gramsci and International Relations: A General Perspective and Example from Recent Policy toward the Third World", en Stephen Gill (ed.), 1993, pp. 127-147.
- 12 Jaime Aboites: *Industrialización y desarrollo agrícola en México (Un análisis del régimen de acumulación en el largo plazo: 1939-1987)*, México, D. F., 1989.
- 13 Históricamente, las formas específicas no solo se diferencian atendiendo a los intereses de clase. Por el contrario, hay también intereses diferentes que van más allá de ellos: cuestiones democráticas, específicas de género, "étnicas" o relacionadas con la paz, o intereses socioecológicos. Las estrategias contradictorias y multifacéticas, que también abarcan las prácticas sociales, tropiezan en los encuentros más diversos y se condensan mediante compromisos sociales en un consenso generalizado. La hegemonía social comprende no solo las clases, sino también otras fuerzas políticas; en correspondencia con ello, las luchas por la hegemonía siempre tienen lugar en coaliciones.
- 14 Antonio Gramsci: *Gefängnishefte*, german edition of the Prison Notebooks, ed. por Kaus Bochmann y Wolfgang Fritz Haug, Argument, Hamburb/Berlin, 1991ff, pp. 101-102, 783, 816.
- 15 Alex Demirovic: *Demokratie und Herrschaft. Aspekte kritischer Gesellschaftstheorie*, Münster: Westfälisches Dampfboot, 1999, p. 257.
- 16 Robert W. Cox: "Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory", en *Millennium*, 10, no. 2, pp.126-155, 1981; Robert W. Cox: *Production, Power and World Order: Social Forces in the making of History*, Columbia:UP, 1987; Robert W. Cox: *Gramsci, Hegemony, and International Relations: An Essay in Method*, en Stephen Gill (ed.), pp. 49-66, 1993.
- 17 *Ibidem*, 1993, p. 62.
- 18 *Ibidem*, p. 61.
- 19 *Ibidem*, p. 59.
- 20 *Ibidem*, p. 61.
- 21 *Ibidem*, 1987.
- 22 *Ibidem*, p. 62.
- 23 "La hegemonía deriva de los modos de hacer y pensar de los estratos sociales dominantes del Estado o los Estados dominantes en la medida en que estos modos de hacer y pensar han conseguido la aquiescencia de los estratos sociales dominantes de otros Estados" (Cox, ed. cit., 1981, p. 151).
- 24 "El sistema global debe concebirse como una totalidad, y las fuerzas sociales que operan dentro de este sistema no están territorialmente confinadas o determinadas", en Stephen Gill: *Gramsci and Global Politics: Towards a Posthegemonic Research Agenda*, en Stephen Gill (ed.), 1993, p. 42.
- 25 "A diferencia de sus contrapartes en la teoría social y política que han debatido exhaustivamente los significados y usos de la obra de Gramsci, los investigadores

- de IR se contentaron simplemente con “aplicar” a este sin preguntarse cómo y bajo qué condiciones su método y sus conceptos esparcen luz sobre los avances en su campo de estudio” (Germain/Kenny, ed. cit., 1988, p. 4). Con el propósito de superar estos defectos intentan “conectar de nuevo la IR gramsciana con la vasta obra de investigación dedicada a sus ideas” (Ibídem, p. 8).
- 26 Randal D. Germain y Michael Kenny: “Engaging Gramsci: International relations and the new Gramscians”, en *Review of International Studies* 24, 1998, pp. 3-21.
- 27 Ibídem, p. 17.
- 28 Stephen Gill: Theorizing the Interregnum: The Double Movement and Global Politics in the 1990s, en Hettne, Björn (Hg.); *International Political Economy*, London/New Jersey, 1995, p. 78.
- 29 Mientras que el llamado “debate sobre la derivación del Estado” trató de explicar este partiendo de la forma de la mercancía e hizo notables aportes a la comprensión del Estado y su papel en las sociedades capitalistas (se puede encontrar un resumen y los temas que se debatieron en Hirsch 1983). Poulantzas partió de las luchas y las formas de dominación y resistencia. Alex Demirovic, Joachim Hirsch y Bob Jessop critican que el énfasis de Poulantzas en las luchas subestimaba el hecho de que lo político es conformado por ser una forma capitalista (*formbestimmt*) que debe explicarse partiendo de la societalización mediante el valor (*Wertvergesellschaftung*) y sus contradicciones.
- 30 Aquí radica la diferencia decisiva entre este y los enfoques socialdemócratas que parten de la supuesta posibilidad de reconciliar los intereses sociales.
- 31 Alex Demirovic; Joachim Hirsch y Bob Jessop: *Introduction to the New German Edition of Poulantzas State Theory*, 2002, pp. 7-34.
- 32 Dejo a un lado importantes diferencias, por ejemplo, las que existen en relación con esta cuestión entre Aglietta y Boyer.
- 33 Véase también Lipietz 1985, Boyer 1990; el debate alemán en Mahnkopf 1989; Demirovic/Krebs/Sablowski 1992; Esser/Gorg/Hirsch 1994; Brand/Raza 2003.
- 34 Esta distinción se basa en la teoría de la regulación. El término alemán Regulierung lo traduzco como political regulation, y *Regulation* como societal regulation.
- 35 Bob Jessop: *State Theory. Putting the Capitalist State in its Place*, Cambridge et. al., Polity Press, 1990, p. 308.
- 36 Al final de la Segunda Guerra Mundial, “la tarea era crear un marco que pudiera salvaguardar e incluso contribuir a la búsqueda de la estabilidad doméstica sin provocar al mismo tiempo las consecuencias externas mutuamente destructivas que plagaron el periodo entre las guerras”. Ruggie denominó “liberalismo enclavado” la forma emergente de multilateralismo e intervencionismo doméstico.
- 37 Charles P. Kindleberger: “Dominance and Leadership in the International Economy”, en *International Studies Quarterly*, 25(2), 1981, pp. 242-254.
- 38 “Su función teórica esencial (la del concepto ‘proyectos de Estado’, U. B.) es hacernos ver la inherente improbabilidad de que exista un Estado unificado e

- indicarnos la necesidad de examinar los factores estratégicos y estructurales que contribuyen a la existencia de los ‘efectos de Estado’”.
- 39 Robert Wade Hunter: US hegemony and the World Bank: the fight over people and ideas, en *Review of International Political Economy* 9(2), 2002, pp. 215-243.
 - 40 Stephen Gill y David Law: *The Global Political Economy*, John Hopkins UP, Baltimore, 1988.
 - 41 Susan George: Winning the War of Ideas, en *Dissent*, Summer. <http://www.tni.org/george/>, 1997.
 - 42 Joachim Hirsch: “Globalization of Capital, Nation-states and Democracy”, en *Studies in Political Economy*, Mp-54, 1997, pp. 39-58.
 - 43 Resulta interesante que Jessop no hable del Estado, sino de un régimen, cuando quiere indicar un contexto más vasto.
 - 44 En este punto es importante recordar lo que dije al principio: existen importantes limitaciones porque estos conceptos pudieran no captar del todo la naturaleza de las sociedades periféricas.
 - 45 Stephen Gill: “Theorizing the Interregnum: The Double Movement and Global Politics in the 1990s”, ed. cit., pp. 65-99.
 - 46 Ana Esther Ceceña: “La territorialidad de la dominación. Estados Unidos y América Latina”, en *Chiapas* 12, 2001, pp. 7-30.
 - 47 No hay espacio aquí para entrar en detalles. Este debate será muy problemático cuando tome como punto de partida la perspectiva común “crítica”, aunque tecnocrática y desde arriba hacia abajo de la globalización, según la cual el proceso económico es intocable y las consecuencias negativas requieren ahora regulación política. En esta perspectiva desaparecen las luchas y las diferencias de intereses fundamentales.
 - 48 Stephen Gill y David Law: *The Global Political Economy*, ed. cit., p. 107.
 - 49 Christoph Görg: Ein neuer Imperialismus, manuscrito de una conversación en “The Other Davos”, Zürich, enero, 2004.
 - 50 No me refiero aquí a los movimientos neoliberales y reaccionarios.
 - 51 Stephen Gill: “Toward a Postmodern Prince? The Battle of Seattle as a Moment in the New Politics of Globalization”, en *Millennium* 29(1), 2000, pp. 131-141.
 - 52 Michel Foucault: “Governmentality” en Burchell, *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Graham et. al. (eds.), Chicago: UP, 1991, pp. 87-104.
 - 53 Jill Steans: “The Private is Global: Feminist Politics and Global Political Economy”, en *New Political Economy*, 4(1), 1999, pp. 113-128.
 - 54 Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda (eds.): *Producción estratégica y hegemonía mundial*, Siglo XXI, México, D. F., 1995.
 - 55 Walden Bello: *De-Globalization: Ideas for a New World Economy*, Zed Books Londres, 2003.
 - 56 Esto no significa subestimar al Estado y al poder estatal —en este punto la crítica que le hace Borón a Holloway es certera— sino ampliar la perspectiva.

-
- 57 Alex Callinicos: "The Anti-Capitalist Movement After Genoa and New York", en Aronowitz, Stanley/Gautney, Heather (eds): *Implicating Empire. Globalization and Resistance in the 21st. Century World Order*, Basic Books, New York, 2003, pp. 133-150.
- 58 Robert W. Cox: Civil Society at the Turn of the Millenium: Prospects for an Alternative World Order, en *Review of International Studies*, no. 25, 1999, pp. 3-28.